

Hay textos dramáticos directamente políticos, estrechamente ligados a una realidad inmediata, que por tal condición de «documento» pierden actualidad y fuerza en su discurso con el paso de los años y la inevitable transformación de la realidad política y social. No parece ser éste el caso de *Muerte accidental de un anarquista*, que tiene ya la razonable edad de quince años desde su estreno en Italia. La parábola sobre la represión y el terrorismo de estado, el análisis de los mecanismos de poder en una democracia avanzada como la italiana de los años 70, siguen teniendo tanta eficacia, como fresca tiene su escritura en la farsa habitual en Fo. Probablemente el texto más representado y conocido de Dario Fo, sigue subiendo a los escenarios con notable éxito (este año ha sido representado en Nueva York). Representado varias veces en España, por colectivos de Madrid, Catalunya, Euzkadi, el texto sigue manteniendo prácticamente intacta su carga desacralizadora y su ácida ironía. Por esta razón hemos pensado realizar esta segunda versión revisada (la primera, publicada en 1974 por la revista *Pipirijaina*, se agotó en seguida) como primera muestra de una serie de publicaciones de los textos de Dario Fo en castellano.

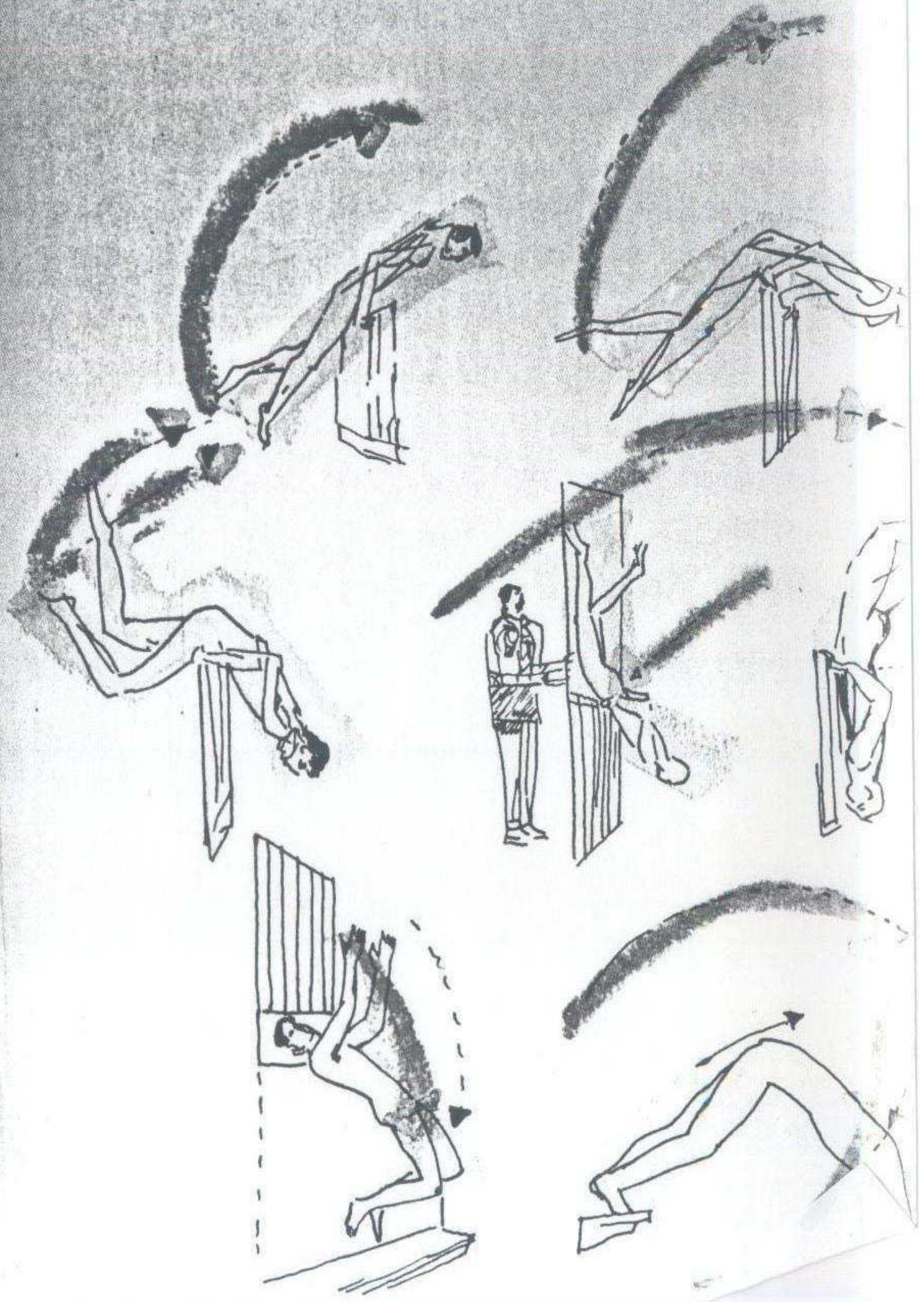
Seminario Multidisciplinario
 José Emilio González
SMJEG
 Facultad de Humanidades
 UPR-RP

MUERTE ACCIDENTAL DE UN ANARQUISTA / Dario Fo

Muerte accidental de un anarquista

DARIO FO

Versión castellana de Carla Mattei



1180173

1980-173

1980-08

Personajes

LOCO - SOSPECHOSO - JUEZ - OBISPO - SEÑOR
CON BARBA

COMISARIO DE LA BRIGADA POLITICA

COMISARIO JEFE DE LA POLICIA

COMISARIO BERTOZZO

PERIODISTA

AGENTES

PRIMER ACTO

ESCENA PRIMERA

(Un despacho normal en la comisaría central. Un escritorio, un armario, algunas sillas, una máquina de escribir, un teléfono, una ventana, dos puertas.)

BERTOZZO.

(Hojea carpetas mientras se dirige a un sospechoso que está tranquilamente sentado.) Vaya, vaya..., así que no es la primera vez que te disfrazas. Aquí dice que te has hecho pasar dos veces por cirujano, una por capitán de infantería, tres por obispo, una por ingeniero naval..., en total te han detenido... vamos a ver... dos y tres, cinco... una, tres... once veces en total, y con ésta ya son doce.

SOSPECHOSO.

Sí, doce detenciones, pero le hago notar, señor comisario, que jamás he sido condenado. ¡Mi certificado de penales está limpio!

BERTOZZO.

A saber con qué truco lo habrás conseguido, pero esta vez ya me encargaré yo de que se te ensucie... ¡puedes jurarlo!

SOSPECHOSO.

No, si yo le comprendo comisario: un certificado de penales que ensuciar, le apetece a cualquiera...

BERTOZZO.

Muy gracioso. En la denuncia dice que te has hecho pasar por psiquiatra, profesor de la Universidad de Pavía. ¿Sabes que puedes ir a la cárcel por ese farol?

SOSPECHOSO.

Sí, si fuera el farol de un cuerdo... pero yo estoy loco: loco patentado... mire la hoja clínica: ya me han internado dieciséis veces, y siempre por el mismo motivo. Tengo la manía de los personajes, se llama «histriomanía», que viene de histrión, que quiere decir actor. Tengo el *hobby* de interpretar papeles siempre distintos. Sólo que a mí me gusta el teatro-*vérité*, por tanto necesito que mi compañía de teatro esté formada por gente real, que no sepa actuar... Por otra parte, carezco de medios, y no podría pagarles. He solicitado subvenciones al Ministerio de Cultura, pero como no tengo enchufes políticos...

BERTOZZO.

Entonces te subvencionan tus actores... los explotas.

SOSPECHOSO.

No, yo jamás he estafado a nadie.

BERTOZZO.

Si te parece poca estafa cobrar cincuenta mil liras por una consulta...

AGENTE.

(*Que está tras el sospechoso.*) ¡Vaya timo!

SOSPECHOSO.

Son los honorarios normales de todo psiquiatra que se respete... ¡Para uno que se ha tirado dieciséis años estudiando el mismo tema!

BERTOZZO.

¿Pero tú cuándo has estudiado?

SOSPECHOSO.

Yo me he pasado veinte años estudiando, en dieciséis manicomios diferentes... sobre miles de locos como yo... día a día, y también de noche..., porque yo, a diferencia de los psiquiatras corrientes, dormía con ellos... a veces con otros dos, porque siempre faltan camas. De todos modos, infórmese, y ya verá cómo he diagnosticado perfectamente a ese pobre esquizofrénico por el que me han denunciado.

BERTOZZO.

¡Las cincuenta mil liras también eran perfectas!

SOSPECHOSO.

Pero comisario... ¡me he visto obligado por su bien!

BERTOZZO.

Ah, ¿conque por su bien? ¿Acaso forma parte de la terapia?

SOSPECHOSO.

Por supuesto. Si no le llevo a sacar las cincuenta mil, ¿cree usted que ese pobrecillo, y sobre todo sus familiares, se hubieran quedado satisfechos? Si hubiese pedido cinco mil habrían pensado sin duda alguna: «Debe valer poco, a lo mejor ni siquiera es profesor, será un principiante que acaba de terminar la carrera.» En cambio, así han pensado, sin aliento tras haber oído el precio: «Pero ¿quién será? ¿Dios en persona?»... Se fueron contentos como unas pascuas, hasta me besaron la mano... «Gracias, profesor»... y lloraban de emoción.

BERTOZZO.

Caray, qué cuento tienes...

BERTOZZO.

¿Así que soy un tonto?

SOSPECHOSO.

No, sólo algo inculto. Si quiere puedo darle alguna clase. Le haré un buen precio. Creo que convendría empezar en seguida, hay mucho trabajo que hacer: dígame los pronombres de tiempo y lugar.

BERTOZZO.

Oiga, no se pase. Empiezo a creer que es usted realmente un maniaco de la actuación, pero hasta está interpretando el papel de loco... ¡y apuesto a que está más cuerdo que yo!

SOSPECHOSO.

No sé que le diga. La verdad es que su profesión conduce a muchas alteraciones psíquicas... ¿Me enseña el ojo? (*Le baja el párpado.*)

BERTOZZO.

¡Pero oiga! ¿Seguimos con el informe o no?

SOSPECHOSO.

¿Quiere que escriba a máquina? Soy mecanógrafo patentado: 45 pulsaciones al minuto.

BERTOZZO.

¡Estese quieto o mando que le pongan las esposas!

SOSPECHOSO.

No puede hacerlo. Yo estoy loco, y si usted me pone las esposas: artículo 122 del Código penal: «Quien impusiera en calidad de público oficial instrumentos de contención no clínicos o por lo menos no psiquiátricos a un disminuido psíquico, provocándole de tal guisa crisis en su dolencia, podrá ser castigado con pena de cinco a quince años y perderá automáticamente la jubilación y el grado.»

BERTOZZO.

¡Ah, veo que entiendes también de leyes!

SOSPECHOSO.

De leyes lo sé todo. Llevo veinte años estudiando leyes.

BERTOZZO.

Pero ¿cuántos años tienes, trescientos? ¿Dónde has estudiado leyes?

SOSPECHOSO.

En el manicomio. ¡Si supiera lo bien que se estudia allí! Había un canciller paranoico que me daba clases. Era un genio. Lo sé todo: derecho romano, moderno, eclesiástico... el código justiniano, federiciano, visigodo, ostrogodo, griego-ortodoxo... ¡Todo! ¿Por qué no me pregunta?

BERTOZZO.

No tengo tiempo. ¡Estaría bueno! Pero en tu *currículum* no dice nada de que te hayas hecho pasar por juez. Ni siquiera por abogado.

SOSPECHOSO.

Ah, no, yo jamás sería abogado. No me gusta defender, es un arte pasivo, a mí me gusta juzgar, condenar, reprimir, ¡perseguir! Soy uno de los suyos, comisario. ¡Vamos a tutearnos!

BERTOZZO.

Cuidado, loco... menos confianzas...

SOSPECHOSO.

No he dicho nada, olvídalo.

BERTOZZO.

Entonces, ¿te has hecho pasar por juez alguna vez, o no?

SOSPECHOSO.

No, por desgracia no he tenido ocasión hasta ahora.

Pero cómo me gustaría, ¡la de juez es la mejor profesión! Ante todo, casi nunca te jubilan. Es más, cuando un hombre normal, un trabajador cualquiera, a los 55 ó 60 años está para el arrastre, porque empieza a ser un poco torpe, algo lento de reflejos, para el juez, por el contrario, empieza lo mejor de su carrera. Para un obrero los cincuenta son el fin: se retrasa, se equivoca, se accidenta, ¡hay que eliminarle! El minero a los cincuenta y cinco está silicótico perdido: fuera, despedido, deprisa, antes de la jubilación. Lo mismo pasa con el empleado de banco, a una determinada edad empieza a equivocarse en las cuentas, olvida los nombres de las empresas, de los clientes, fuera, no interesa. A casita... estás viejo... ¡agilipollado! En cambio, los jueces nada, para ellos es justamente lo contrario, cuanto más viejos y ágiles... distraídos, más los eligen para cargos superiores, les confían responsabilidades importantes, ¡absolutas! Y ves a unos viejecitos acartonados, llenos de floripondios: cordones y capitas de armiño, gorritos con tiras doradas, vacilantes, amodorrados, con gafas de cadenita, para que no se les caigan mientras duermen... nunca se acuerdan de dónde las dejan. Pues bien, estos personajes tienen el poder de destruir o salvar a una persona cómo y cuándo quieran: a veces decretan cadena perpetua con la misma tranquilidad con que uno dice: «Va a llover.» Cincuenta años para ti, para ti treinta, para ti sólo veinte... ¡porque me caes bien! Dictan, legislan, sentencian, decretan, y encima son sagrados. Porque no olvidemos que aquí sigue existiendo el delito de injuria para quien hable mal de la magistratura... ¡aquí y en Arabia Saudita!

Ah sí, el juez es la profesión, el personaje que más me gustaría interpretar, aunque sólo fuera una vez en la vida. El juez del Supremo, del orden superior, «excelencia, pase, silencio, de pie que entra la corte... ¡Oh!, se le ha caído un hueso, ¿es suyo? No, imposible, ¡ya no me quedan!»

BERTOZZO.

Basta ya de charlas, me mareas. Vamos, siéntate y calla. *(Lo empuja hacia la silla.)*

SOSPECHOSO.

(Reacciona de modo histérico.) ¡Quítame las manos de encima o te muerdo!

BERTOZZO.

¿A quién vas a moderar tú?

SOSPECHOSO.

¡A ti! ¡Te muerdo en el cuello y en las nalgas! Ñam, ñam... Y si reaccionas de forma violenta, existe el artículo 122 bis: «Provocación y violencia contra un disminuido irresponsable e indefenso. ¡De seis a nueve años con pérdida de jubilación!»

BERTOZZO.

¡Siéntate o perderé la paciencia! *(Al AGENTE.)* ¿Y tú qué haces ahí como un palo? ¡Siéntalo en la silla!

AGENTE.

Jefe, es que muerde...

SOSPECHOSO.

Claro que muerdo: grr grr... y os advierto que tengo rabia. Me la pegó un perro, un chuchito rabioso que me mordió en el trasero. Pero él se murió y yo me he curado, aunque sigo siendo venenoso: ¡Grrrrruimm! ¡Uhouhouho!

BERTOZZO.

Vaya, ¡sólo nos faltaba el loco venenoso! Oye, ¿me

muy bien, tú y el ex guardián de la isla... Como el juez que va a venir sea la mitad de duro de lo que cuentan... ¿Qué dónde lo cuentan? Pues en Roma. Yo acabo de llegar de allí, ¿no? ¡Y ya llevan tiempo hablando de lo que se os viene encima! Claro que conozco al juez. Se llama Malipiero. ¿No te suena? Pues ya te sonará. Para que te hagas una idea, ha pasado diez años en la frontera... pregúntale a tu jefe de penales, por si sabe algo... No, pensándolo mejor más vale que no se lo preguntes... podría darle algo y ya no sería tan divertido... ¡Calma, calma! Mira que eres susceptible, colega... ¡ya no se puede uno reír un poco en esta policía tan sombrona!

De acuerdo, en seguida te lo enviamos todo. Adiós... ¡espera, espera! Bertozzo acaba de decir una cosa muy graciosa... si no te enfadas te la cuento... ha dicho que... ja, ja... que después de la visita del juez revisor te empaquetarán al sur... puede que a Vibio-Valentia, en Calabria... donde la comisaría está en un piso y el despacho del comisario está en el semisótano... ja, ja, ya comprendes la alusión, en el semisótano... ¡Ja, ja! ¿Te ha gustado? ¿Que no te ha gustado? Bueno, otra vez será. (*Finge escuchar.*) Está bien... ahora mismo se lo cuento. Bertozzo, el futuro calabrés dice que en cuanto nos vea nos pegará un puñetazo en la nariz. ¡Recibido, paso, preee! (*Pedorreta.*) ¡De parte de los dos y cierro! (*El LOCO cuelga y se lanza de inmediato a la búsqueda del material.*) «A trabajar, señor juez, que el tiempo apremia.» Ahí, qué ocasión para demostrarme a mí mismo y al mundo entero que mis estudios son profundos y que merez-

co entrar en la categoría de los «superiores», sagrados e infalibles... ¡Estoy tan emocionado! ¡Es como si tuviese que examinarme, como si tuviese que discutir la tesis! Si consigo convencerles de que soy un auténtico juez revisor... ¡si no meto la pata, de ésta me coloco! ¡Pero ojo con fallar! Vamos a ver, ante todo, la forma de andar. (*Ensayo una como de cojo.*) No, ésta es de canciller. Paso artrítico, pero con dignidad. Eso es, así, con el cuello un poco sesgado... de caballo de circo jubilado... (*Prueba y renuncia.*) No, mejor el paso escurrido con saltito final. (*Lo hace.*) ¿Y el estilo «rodilla caída»? (*Lo hace.*) ¿O el paso rígido de saltamontes? (*Lo hace: pasitos rápidos con punta-tacón.*) Caramba, ¿y las gafas? No, nada de gafas. El ojo derecho semicerrado... eso es, así, mirada de reojo, pocas palabras... algo de tos, och, och... No, nada de tos... ¿algún tic? Veremos sobre la marcha. ¿Actitud meliflua, voz nasal? ¿Bondadoso, pero con pronotos? «No, querido comisario, basta ya, usted ya no dirige una cárcel fascista, ¡no lo olvide!» No, no, mejor un tipo todo lo contrario: frío, distanciado, tono perentorio, voz monótona, mirada triste algo miope... que lleva gafas, pero sólo utiliza una lente: así. (*Al hacerlo hojea unos papeles.*) ¡Vaya, vaya! Aquí están los documentos que estaba buscando. Calma, calma. ¡Vuelta inmediata al personaje! (*Tono perentorio.*) Veamos: decreto de archivación del Tribunal de Milán... Ah, si también está la investigación sobre los anarquistas del grupo de Roma... con el bailarín en cabeza... ¡Bien! (*Lo mete todo en el maletín, que ha vaciado cuidadosamente.*) ¡Un momento, primero revisar bien, que con las bolsas de

COMISARIO.

¿Un juez? *(Casi se desmaya.)*

LOCO.

Ex... catedrático por libre en la Universidad de Roma.
Detrás del ex, una coma, como siempre.

COMISARIO.

(Aturdido.) Comprendo...

LOCO.

(Irónico, agresivo.) ¿Qué es lo que comprende?

COMISARIO.

Nada, nada.

LOCO.

Ya decía yo... *(De nuevo agresivo.)* O sea: nada de nada. ¿Quién le ha informado de que tenía que llegar para la revisión de la encuesta y de la archivación?

COMISARIO.

(Superado.) La verdad... es que yo...

LOCO.

Cuidado con mentir. Me pone tremendamente nervioso. Yo también tengo un tic... me da aquí, en el cuello... en cuanto alguien me dice una mentira... mire cómo vibra... ¡mire! Entonces, ¿sabía o no de mi llegada?

COMISARIO.

(Traga saliva, confuso.) Sí, lo sabía... Pero no le esperábamos tan pronto...

LOCO.

Precisamente por esa razón el Consejo Superior decidió adelantar mi llegada. Nosotros también tenemos nuestros informadores. Y así os hemos tomado por sorpresa. ¿Lo lamenta?

COMISARIO.

(Aterrado.) Oh, no, qué va... *(El LOCO se señala el cuello que vibra.)* Es decir, sí, muchísimo... *(Le señala una silla.)* Pero siéntese, deme el sombrero. *(Lo coge y añade.)* ...¿o prefiere dejárselo?

LOCO.

Quédese... ni siquiera es mío.

COMISARIO.

¿Cómo? *(Va hacia la ventana.)* ¿Quiere que cerremos la ventana?

LOCO.

Ni hablar, no se moleste. Más bien, haga venir al comisario jefe. Me gustaría poder empezar cuanto antes.

COMISARIO.

Por supuesto... Pero no sería mejor ir a su despacho... es más cómodo.

LOCO.

Ya, pero fue en este despacho, precisamente, donde ocurrió ese feo asunto del anarquista, ¿no es así?

COMISARIO.

Sí, fue aquí...

LOCO.

(Abriendo los brazos.) ¡Pues entonces! *(Se sienta y saca unos documentos de la cartera. Vemos que trae otro maletín, enorme, del que saca un montón de objetos: una lupa, unas pinzas, una grapadora, un martillo de madera de juez... un Código penal. Junto a la puerta, el COMISARIO habla en voz baja al oído del AGENTE. El LOCO sigue colocando en orden los cachivaches.)* Preferiría, comisario, que en mi presencia se hablase en voz alta.

COM. JEFE.

De acuerdo. Las cosas fueron más o menos así. El anarquista sospechoso se encontraba ahí, precisamente donde se sienta usted. Mi colabo..., es decir, yo, entré con cierto ímpetu...

LOCO.

¡Bravo!

COM. JEFE.

¡Y le agredí!

LOCO.

¡Así me gusta!

COM. JEFE.

Querido maquinista, además de subversivo... deja ya de tomarme el pelo...

LOCO.

No, por favor..., cíñase al guión. (*Enseña los expedientes.*) Aquí no hay censura... ¡no dijo eso!

COM. JEFE.

Bueno, sí, le dije: ¡basta ya de tomarme por bobo!

LOCO

¿Dijo usted «bobo»?

COM. JEFE.

¡Basta ya!

LOCO

¿Dijo usted «bobo»?

COM. JEFE.

Tenemos pruebas de que fuiste tú quien colocó las bombas en la estación.

LOCO.

¿Qué bombas?

COM. JEFE.

(*Baja el tono; coloquial.*) Estoy hablando del atentado del 25 de...

LOCO.

No, responda con las mismas palabras de aquella noche. Imagine que yo soy el anarquista ferroviario. Vamos, ánimo, ¿qué bombas?

COM. JEFE.

¡No te hagas el memo! Sabes muy bien de qué bombas estoy hablando: las que colocásteis en los vagones en la estación central, hace ocho meses.

LOCO.

¿Pero tenían ustedes realmente esas pruebas?

COM. JEFE.

No, pero como le estaba precisamente explicando antes el comisario, se trataba de uno de esos trucos que empleamos a menudo.

LOCO.

Ja, ja, qué astutos... (*Le da un golpe en la espalda que le deja sin aliento.*)

COM. JEFE.

Pero teníamos sospechas. Como el acusado era el único ferroviario anarquista de todo Milán... era fácil deducir que era él.

LOCO.

Claro, claro, es evidente, ¡no casi diría que obvio! De este modo, si es indudable que las bombas en los trenes las colocan los ferroviarios, podemos deducir en consecuencia que las famosas bombas del Palacio de Justicia de Roma las habrá colocado un juez, las del Monumento al Soldado Desconocido un comandante del cuerpo de guardia, y las del Banco Agrícola un banquero o un agricultor, según se prefiera. (*De pronto furioso.*) Vamos, señores, ¡vamos! Estoy aquí para realizar una encuesta seria, ¡no para jugar a silogismos idiotas! ¡Prosigamos (*Lee un papel.*)

dejas extender el informe de una vez? ¡Anda, sé bueno! Luego te suelto... ¡te lo prometo!

SOSPECHOSO.

No, no me eche, señor comisario. Estoy tan bien aquí, en la comisaría, con usted... me siento protegido: en la calle hay tantos peligros... la gente es mala, conducen, tocan la bocina, frenan con chirridos... hacen huelgas. Hay autobuses, y los vagones de metro con las puertas que se cierran de golpe... frii ñac... aplastado... Déjeme quedarme aquí con usted... le ayudaré a conseguir que hablen los sospechosos, los subversivos... sé hacer supositorios de glicerina con nitro...

BERTOZZO.

¡Basta ya! ¡Me tienes harto!

SOSPECHOSO.

Comisario, o me deja quedarme o me tiro por la ventana... ¿Qué piso es éste? ¿El tercero? Bueno, pues me tiro, y cuando esté allí abajo, moribundo, reventado en la acera, jadeando... porque soy muy duro de morir, y jadeo muchísimo... y lleguen los periodistas, les contaré, jadeando, que me han tirado ustedes por la ventana. ¡Que me tiro!

BERTOZZO.

Por favor, basta ya. (Al AGENTE.) Cierra la ventana.

SOSPECHOSO.

Pues me tiro por la escalera. (Va hacia la puerta.)

BERTOZZO.

¡Ahora sí que se ha terminado, hostias! Siéntate. (Lo sienta en la silla.) Tú, cierra la puerta con llave, y luego quítala.

SOSPECHOSO.

Y luego la tiras por la ventana... (El AGENTE va a la ventana.)

BERTOZZO.

Sí, tírala. Digo ¡NO! Guárdala en el cajón... ciérralo con llave... quita la llave... (El AGENTE obedece maquinalmente.)

SOSPECHOSO.

Métetela en la boca y trágatela.

BERTOZZO.

¡No y no y no! A mí nunca me ha tomado el pelo nadie. (Al AGENTE.) Dame esa llave. (Abre la puerta.) Largo, vete. Tírate por la escalera, haz lo que quieras... pero fuera... que me estoy volviendo loco.

SOSPECHOSO.

No, comisario, ¡usted no puede! No debe abusar... no me empuje, se lo ruego... ¿por qué quiere que baje? Esta no es mi parada.

BERTOZZO.

¡Fuera! (Lo consigue y cierra la puerta.) ¡Por fin!

AGENTE.

Señor comisario, le recuerdo la reunión... y ya llevamos cinco minutos de retraso.

BERTOZZO.

¿Por qué, qué hora es? (Mira el reloj.) Vaya, ese desgraciado ha hecho que se me fuera el santo al cielo... vamos, deprisa. (Salen por la izquierda; por la derecha se asoma, por la misma puerta por donde había salido, el SOSPECHOSO-LOCO.)

LOCO.

Se puede... comisario... ¿molesto?... ¿No me contesta? Vamos, no se haga el ofendido... ¿hacemos las paces? Pero si no hay nadie... Bueno, los cogeré yo mismo: mi libro clínico, mis recetas... también está

la denuncia. Pues la rompemos, y en paz. No se hable más del asunto. ¿Y esta otra denuncia para quién es? (*Lee.*) «Robo con agravante...» total, en una farmacia... nada, nada, estás libre. (*La rompe.*) ¿y tú, qué has hecho? (*Lee.*) «Apropiación indebida... injurias...» patrañas, eso es lo que son... ¡Anda, chico, quedas libre! (*Rompe.*) ¡Todos libres! (*Examina un papel.*) No, tú no; tú eres un sinvergüenza y te quedas, ¡adentro! (*Lo extiende en la mesa y luego abre el armario lleno de legajos.*) ¡Quietos todos, que ha llegado la justicia! Pero ¿no serán todo denuncias? Pues yo lo quemo todo... ¡a la hoguera! (*Se dispone a quemar un paquete de papeles, lee la primera hoja.*) «Expediente en curso». (*Luego en otro paquete.*) «...decreto de archivación de expediente...» (*En ese momento suena el teléfono; el LOCO contesta tranquilamente.*) Diga, aquí el despacho del comisario Bertozzo. ¿Quién es? No, lo lamento, pero si no me dice quién es usted no le pongo con él... Que es... el comisario... ¿en persona? pero... ¿cómo? Tanto gusto... ¡El comisario de la ventana! No, nada nada... y ¿desde dónde llama? Ah, claro, qué tonto, del cuarto piso, ¿de dónde iba a ser? ¿Cómo que quién soy? Has oído Bertozzo, aquí el terror de los subversivos pregunta que quién soy... ¿Lo adivinas? ¿Que no tienes tiempo? Vamos, para un colega siempre hay que tener tiempo... Venga: ¡o adivinas o no te paso a Bertozzo! ¿Quién soy? ¿Anghiari? Pues sí, lo has adivinado... en efecto, soy el comisario Pietro Anghiari. Muy bien. ¿Que qué estoy haciendo en Milán? Quieres saber demasiado. Más bien, dime tú: ¿qué quieres de Bertozzo? No, no puede po-

nerse, dímelo a mí. ¿Un juez superior? ¿Enviado expresamente desde Washington? Sí, eso es, quería decir desde Roma, ha sido un *lapsus*. Ah, ya, una especie de «revisor»... Es evidente que en el Ministerio no están de acuerdo con el juez que ha archivado la investigación. Pero ¿estás seguro? Ah, que sólo eran rumores, ya decía yo... primero les parece estupendo, luego se lo piensan... ah, que es porque lo pide la opinión pública... no fastidies, la opinión pública qué va a pedir... Precisamente, Bertozzo está aquí, muerto de risa... (*Ríe apartado el auricular.*) ¡Ja, ja! y hace cada gesto, si lo vieras... ¡ja, ja! (*Fingiendo.*) Bertozzo, nuestro amigo del cuarto dice que tú puedes cachondearte porque no estás metido en el ajo... pero que para él y su jefe es un mal rollo... ja, ja... dice que os aproveche... ja, ja, no esta vez soy yo el que se ríe... porque me encantaría que el comisario jefe estuviera metido en el follón... Sí, es verdad, puedes decirselo... «al comisario Anghiari le encantaría... y también a Bertozzo, está de acuerdo conmigo, escucha cómo se ríe... ¡Ja, ja! ¿Has oído? ¿Y a quién le importa que nos manden al *water*? ...Sí, también puedes contarle esto: que a Anghiari y a Bertozzo se la trae floja... (*Pedorreta fortísima.*) ...sí, ha sido él. Pero no te cabrees, que no es para ponerse así, hombre... Eso, muy bien, ya hablaremos cara a cara. Bueno, ¿qué necesitas de Bertozzo, documentos? Sí, dítamelo que tomo nota: copia del decreto de archivación de la muerte del anarquista... de acuerdo y que te la mande... y también copias de los interrogatorios... sí, está todo aquí, en el archivo... Ya lo creo que tenéis que prepararos pero que

Buenos días, ¿qué desea? Me han dicho que me buscaba.

LOCO.

(*Le mira impasible.*) Buenos días. (*Fija la mirada en la mano del masaje.*) ¿Qué le ocurre en la mano?

COMISARIO.

Oh, nada... ¿Quién es usted?

LOCO.

¿Conque nada? ¿Entonces por qué se da masaje? ¿Es una especie de tic? (*El COMISARIO está perdiendo la paciencia.*)

COMISARIO.

Puede ser... Le he preguntado con quién tengo el gusto...

LOCO.

Una vez conocí a un obispo que se daba masaje como usted... un jesuita.

COMISARIO.

¿Me equivoco o es usted...?

LOCO.

Por supuesto que se equivoca. Se equivoca completamente, si insinúa que he querido referirme a la tradicional hipocresía de los jesuitas. Yo, si no le importa, y vaya por delante, he estudiado con los jesuitas, ¿y con eso? ¿Acaso tiene usted algo que objetar?

COMISARIO.

(*Confuso, atontado.*) No, Dios me libre, no... pero es que...

LOCO.

(*Cambia de tono de inmediato.*) Pero ese obispo del que hablaba, ése sí que era un hipócrita, un men-

tiroso... la prueba es que siempre se daba masaje en la mano.

COMISARIO.

Pero oiga...

LOCO.

(*Sin hacerle ningún caso.*) Debería ir al psicoanalista. Ese continuo masaje es además un síntoma de inseguridad... sentimiento de culpa... e insatisfacción sexual. ¿Tiene problemas con las mujeres?

COMISARIO.

(*Estalla.*) ¡Pero qué se ha creído usted! (*Da un puñetazo en la mesa.*)

LOCO.

(*Señalando el gesto.*) ¡Impulsivo! He ahí la prueba. Diga la verdad, no se trata de un tic... usted le ha pegado un puñetazo a alguien hace menos de un cuarto de hora, ¡confiese!

COMISARIO.

¿Cómo que confiese? Más bien dígame usted de una vez con quién tengo el gusto... y hágame el favor de quitarse el sombrero, ¡además!

LOCO.

Tiene razón. (*Se quita el sombrero con lentitud estudiada.*) Pero, créame, no me lo dejaba por descortesía... era sólo por esa ventana abierta, sufro mucho por las corrientes de aire, sobre todo en la cabeza. ¿Usted no? Oiga, ¿no podría cerrarla?

COMISARIO.

(*Secamente.*) No, no se puede.

LOCO.

No he dicho nada. Soy el profesor Marcos María Malipiero, primer consejero del Tribunal Supremo...

SOSPECHOSO.

Si no es cuento, comisario. Hasta Freud lo dijo: una minuta alta es la cura más eficaz, tanto para el médico como para el enfermo.

BERTOZZO.

No me extraña, de todos modos echa un vistazo a tu tarjeta de visita y al recetario. Si no me equivoco, dice: «Profesor Antonio Rabbi. Psiquiatra. Ex catedrático de la Universidad de Padua». Anda, a ver qué me cuentas ahora.

SOSPECHOSO.

Ante todo, yo soy realmente profesor... de dibujo artístico y ornamental en las escuelas del Sagrado Redentor.

BERTOZZO.

Está bien, enhorabuena, pero aquí dice psiquiatra.

SOSPECHOSO.

Sí, pero después del punto. ¿Qué tal anda usted de sintaxis y de puntuación? Fíjese bien: Profesor Antonio Rabbi. Punto. Luego, en mayúscula, P. psiquiatra. Ahora bien, no es usurpar un título decir «soy psiquiatra». Es como decir: «soy psicólogo, botánico, herbívoro, artrítico». ¿Conoce la gramática y la lengua italiana? ¿Sí? Bien, entonces debería saber que si uno escribe arqueólogo, es como si escribiese siciliano... ¡no significa que ha cursado estudios!

BERTOZZO.

Sí, pero ¿y ese «ex catedrático de universidad»?

SOSPECHOSO.

Lamento tener que decirle que ahora es usted el que está diciendo faroles: me ha dicho que conoce la

lengua italiana y su sintaxis y puntuación, y ahora resulta que no sabe ni leer correctamente.

BERTOZZO.

Que no sé...

SOSPECHOSO.

¿Es que no ha visto la coma después del ex?

BERTOZZO.

A ver... pues sí, hay una coma... tiene razón, no me había fijado...

SOSPECHOSO.

¡Ah, tengo razón!... y no se había fijado. ¿Y usted, con la excusa de que no se ha fijado, mete en la cárcel a un inocente?

BERTOZZO.

Está realmente loco. (*Sin darse cuenta ha empezado a llamarle de usted.*) ¡Qué tendrá que ver la coma!

SOSPECHOSO.

Nada, para quien no conozca la lengua italiana y la sintaxis. Por cierto, tiene que decirme luego qué títulos de estudio posee, y quién le aprobó... ¡Déjeme terminar! La coma es la clave de todo, ¡no lo olvide! Si después del «ex» viene la coma, todo el sentido de la frase cambia de golpe. Después de la coma tiene que tomar aire... breve pausa cargada de intención..., ya que «siempre la coma impone otra intencionalidad». Así que se leerá: «Ex - y aquí vendrá bien una ligera mueca sarcástica... y si además quiere añadir un gruñido irónico provocativo, ¡mejor aún! Así que ésta será la lectura correcta de la frase: Ex (*Mueca y risita.*)... catedrático de la Universidad, otra coma, de Padua... como diciendo: no te marques faroles... ¡qué te has creído, sólo pican los tontos!

la justicia nunca se sabe! ¡Siempre hay que comprobar antes de usar! *(En ese momento, cuando el LOCO ha cogido del perchero un abrigo oscuro y un sombrero negro, entra el COMISARIO, que no le reconoce así vestido y se lo queda mirando perplejo.)*

BERTOZZO.

Buenos días. ¿Buscaba a alguien?

LOCO.

Nada, comisario, sólo he vuelto a por mis documentos...

BERTOZZO.

¿Usted otra vez? ¡Fuera!

LOCO.

Por favor, comisario, si tiene problemas, ¿por qué los paga conmigo?

BERTOZZO.

¡Fuera! *(Lo empuja hasta la puerta.)*

LOCO.

¡Por Dios! ¿Es que están todos neurasténicos aquí dentro? Empezando por ese loco que le anda buscando para partírle la cara...

BERTOZZO.

(Se queda quieto.) ¿Quién me anda buscando?

LOCO.

Un tipo con jersey de cuello alto, ¿aún no le ha pegado un puñetazo?

BERTOZZO.

¿A mí?

LOCO.

Sí, a usted y a un compañero suyo... un tal Angari... Angario...

BERTOZZO.

Anghiari, ¿un comisario de Roma... de la política?

LOCO.

¿Y yo qué sé?

BERTOZZO.

¿Y a santo de qué va a pegarnos un puñetazo el tipo del jersey de cuello alto?

LOCO.

A santo de una pedorreta.

BERTOZZO.

¿Una pedorreta?

LOCO.

Sí, aunque en realidad fueron dos, por teléfono, y con risita malévolas, je, je... ¿No se acuerda: jefe? *(Mima.)*

BERTOZZO.

Pero ¿qué está diciendo? ¿No será otro de sus personajes?

LOCO.

Sí, sí, personaje, ya se dará cuenta cuando le pegue el puñetazo en el ojo... y la verdad es que tiene razón, su pobre colega del cuarto...

BERTOZZO.

¿Quién?

LOCO.

Su colega. ¿Cómo se le ocurre decirle que espera que le manden a Calabria, al semisótano... a él y a su jefe ex guardián fronterizo fascista?

BERTOZZO.

¿Quién, el comisario jefe? El que...

LOCO.

¡...os dirige y guía!

BERTOZZO.

Oiga, ya está bien, me ha hecho perder demasiado tiempo... Por favor, váyase. ¡Vete!

COM. JEFE.

Pero, señor juez, ¿cómo es posible? Nuestra profesión, usted mismo lo ha admitido, requiere que interroguemos a los sospechosos, y para hacerles hablar, a veces no tenemos más remedio que recurrir a estratagemas, trampas, y alguna violencia psíquica...

LOCO.

No, no, aquí no se trata de «alguna», ¡sino de una violencia continua! Para empezar, ¿tenían o no pruebas absolutas de que ese pobre ferroviario había mentido en su coartada? ¡Contesten!

COM. JEFE.

No, no teníamos pruebas absolutas, pero...

LOCO.

¡No quiero peros! ¿Existen o no dos o tres jubilados que pueden confirmar la coartada?

COM. JEFE.

Sí, existen.

LOCO.

Por lo tanto han mentido también a la televisión y a la prensa, diciendo que la coartada se había venido abajo, y que subsistían graves indicios. ¡Es decir, que las trampas, los trucos, las patrañas, no las emplean sólo para que confiesen los sospechosos, sino también para engañar, para estafar la buena fe del pueblo crédulo e ingenuo! (El COMISARIO JEFE quiere intervenir.) Déjeme terminar, por favor: ¿no han oído nunca que divulgar noticias falsas o simplemente tendenciosas es un grave delito?

COM. JEFE.

Pero es que ese colaborador mío me había asegurado...

LOCO.

Ah, otra vez escaqueándose... entonces conteste usted,

comisario: ¿de dónde salió la noticia de que el bailarín anarquista había confesado? Me he leído todos los expedientes de los interrogatorios realizados por la policía y el juez instructor de Roma... (Los enseña) y no aparece por ninguna parte que el tal anarquista haya admitido ni una sola vez su responsabilidad en la masacre de los bancos. ¿Entonces, qué? ¿Esta confesión también se la inventaron ustedes? ¡Contesten!

COMISARIO.

Sí, nos la inventamos nosotros.

LOCO.

¡Oh, qué fantasía! Ustedes dos deberían ser escritores. Y puede que tengan ocasión de serlo, créanme. En la cárcel se escribe divinamente. ¡Se sienten deprimidos, eh! Pues entonces quiero añadir con toda franqueza que en Roma tienen pruebas contundentes de culpas gravísimas contra ustedes. O sea, que están los dos perdidos y ya se pueden preparar; y que los ministerios de Justicia y del Interior han decidido eliminarlos, como escarmiento y ejemplo lo más severo posible para reafirmar la credibilidad que la policía ha perdido.

COM. JEFE.

¡No, es increíble!

COMISARIO.

Pero cómo pueden...

LOCO.

Seguro: ¡Dos carreras arruinadas! Es la política, señores: antes servían para cierto juego... había que romper las luchas sindicales... crear el clima de caza al subversivo. Ahora soplan otros aires... la gente está demasiado indignada con la muerte del

AGENTE.

(*Excitado por la confianza del JUEZ.*) Sí, con permiso, y hablando mal y pronto, señor juez, me parece que están... algo cagados, como se suele decir...

COM. JEFE.

Pero ¿se ha vuelto loco?

AGENTE.

Perdone, quería decir... preocupados.

LOCO.

Vamos, vamos, levanten esos ánimos... ¡Alegría, comisarios!

COM. JEFE.

Sí, para usted es fácil de decir... pero en nuestra situación... Le aseguro que ha habido un momento en que... ¡casi casi me tiro de verdad!

AGENTE.

¿Que se iba a tirar? ¿En persona?

COMISARIO.

¡Bueno, yo también, la verdad!

LOCO.

¿Lo ven, señores? ¡Cuando se habla de «raptus»! ¿Y de quién hubiera sido la culpa?

COM. JEFE.

De esos bastardos del gobierno, de quién si no... que primero te instigan: «reprimir, crear el clima de la subversión, del desorden amenazante...».

COMISARIO.

«De la necesidad de un estado fuerte»... Uno se lo toma en serio, y luego...

LOCO.

No, en absoluto. ¡La culpa hubiera sido sólo mía!

COM. JEFE.

¿Suya? ¿Y por qué?

LOCO.

Porque todo es mentira. Me lo he inventado todo.

COM. JEFE.

¿Qué quiere decir? ¿No es cierto que en Roma quieren eliminarnos?

LOCO.

Ni se les pasa por la cabeza.

COMISARIO.

¿Y las pruebas contundentes?

LOCO.

Jamás han existido.

COMISARIO.

¿Y la historia del ministro que pedía nuestras cabezas?

LOCO.

Puro invento: el ministro les adora, son ustedes las niñas de sus ojos. Y el jefe de la policía, cuando oye sus nombres se emociona... ¡y llama a su mamá!

COM. JEFE.

¿Lo dice en serio?

LOCO.

Por supuesto. El gobierno entero les ama. Y también les diré que el dicho inglés de los mastines es falso. Ningún amo ha matado jamás a un mastín para satisfacer a un campesino. Si acaso, ha ocurrido lo contrario. Y si el mastín muere en la riña, el Rey envía de inmediato telegramas de pésame al amo. ¡Y coronas con banderas! (*El COMISARIO va a hablar, pero el COMISARIO JEFE, nervioso, se impacienta.*)

COMISARIO.

Si no he entendido mal...

LOCO.

Precisamente no tiene nada que ver. Déjese llevar por el «raptus» ¡y tírese! *(Los empuja a ambos hacia la ventana.)*

AMBOS.

¡No, espere, espere!

LOCO.

¿Pero qué «espere» ni espere? ¿Qué pintan ya en esta tierra asquerosa? ¿Es vida ésta? Mundo bastardo, gobierno bastardo... ¡Todo es bastardo! ¡Tirémonos! *(Los arrastra hacia la ventana.)*

COM. JEFE.

Pero señor juez, ¿qué está haciendo? ¡Yo aún tengo esperanzas!

LOCO.

Ya no hay esperanza, están acabados... ¿Quieren entenderlo? ¡Acabados! ¡Abajo!

AMBOS.

¡Socorro! No empuje... ¡por favor!

LOCO.

No soy yo quien empuja, sino el «raptus». ¡Viva el «raptus» liberatorio! *(Los coge por la cintura y les obliga a subir al alféizar de la ventana.)*

AMBOS.

¡No, no, socorro, socorro! *(Entra el AGENTE que había salido al empezar el interrogatorio.)*

AGENTE.

¿Qué ocurre, jefe?

LOCO.

(Soltándolos.) Ah, nada, nada, no ocurre nada, ¿verdad, comisario? Vamos, tranquilice a su agente.

COM. JEFE.

(Baja templando de la ventana.) Pues... sí, no te preocupes... sólo ha sido...

LOCO.

Un «raptus».

AGENTE.

¿Un «raptus»?

LOCO.

Sí, querían arrojarse por la ventana.

AGENTE.

¿También ellos?

LOCO.

Sí, pero no se lo diga a los periodistas, por favor.

AGENTE.

Descuide.

COMISARIO.

Pero si no es verdad, era usted, señor juez, el que quería...

COM. JEFE.

Eso.

AGENTE.

¿Usted quería tirarse, señor juez?

COM. JEFE.

No, él empujaba.

LOCO.

Es verdad, yo empujaba. Y por poco se caen, estaban desesperados. Basta con un suspiro, cuando uno está desesperado...

AGENTE.

Es verdad, un suspiro, y que lo diga...

LOCO.

Mírelos, siguen desesperados... ¡mire qué caras de funeral!

COM. JEFE.

Claro que ha entendido mal... Deje que hable yo, comisario...

COMISARIO.

Sí, señor, perdone.

COM. JEFE.

No comprendo por qué usted, señor juez, ha querido montar toda esta farsa...

LOCO.

¿Farsa? No, se trata simplemente de uno de esos trucos, o estratagemas tan normales, a los que la magistratura también recurre algunas veces, para demostrar a la policía que son métodos bárbaros, por no decir criminales.

COM. JEFE.

Entonces, ¿usted sigue estando convencido de que si el anarquista se arrojó por la ventana, fuimos nosotros quienes lo empujamos?

LOCO.

¡Me lo han confirmado ustedes mismos hace un momento... al perder la cabeza!

COMISARIO.

Pero nosotros no estábamos presentes cuando se tiró. Pregúnteselo al agente.

AGENTE.

Sí, señor juez, acababan de salir los dos cuando ese se tiró.

LOCO.

¡¡Eso sería como decir que si uno prende la mecha de una bomba en un banco, y luego sale, no es culpable, porque no estaba presente en el momento de la explosión!! Desde luego da gusto ver cómo se emplea aquí la lógica.

COM. JEFE.

Pero, señor juez, aquí ha habido un malentendido... el agente se refería a nuestra primera versión... y nosotros estamos hablando de la segunda.

LOCO.

Ah, claro... porque luego hubo una especie de retractación.

COM. JEFE.

Bueno, yo no diría exactamente retractación... una simple aclaración...

LOCO.

Bien. Veamos: ¿y qué aclararon ustedes? *(El COMISARIO JEFE hace una seña al COMISARIO.)*

COMISARIO.

Bueno, pues...

LOCO.

Les advierto que también para esta segunda versión tengo aquí los expedientes. Por favor, prosiga.

COMISARIO.

Hemos corregido la hora del... cómo decir... del engaño...

LOCO.

¿Cómo que la hora del engaño?

COM. JEFE.

Sí, bueno, hemos declarado que el truco del anarquista con sus mentiras, en lugar que a medianoche, se lo hemos contado hacia las ocho de la tarde.

COMISARIO.

Es decir, a las veinte horas...

LOCO.

Ah, lo han anticipado todo cuatro horas, ¡incluido el vuelo por la ventana! Una especie de horario de verano perfeccionado.

vocador, ha sido tan sólo para inducirles a que presentaran pruebas y argumentos tales, que me permitieran ayudarles lo más posible a salir vencedores de este trance.

COM. JEFE.

Estoy sinceramente conmovido... ¡Es hermoso saber que la magistratura sigue siendo la mejor amiga de la policía!

LOCO.

Dejémoslo en colaboradora...

AMBOS.

Dejémoslo.

LOCO.

Pero ustedes también deben colaborar para que yo pueda ayudarles hasta el final... y convertir su posición en prácticamente inexpugnable.

COM. JEFE.

Faltaría más.

COMISARIO.

Con mucho gusto.

LOCO.

Ante todo debemos probar, con argumentos irrefutables, que en esas cuatro horas el anarquista fue superando hasta el más mínimo desaliento, el famoso hundimiento psicológico, como lo llama el juez de instrucción.

COMISARIO.

Bueno, está la declaración del agente, y también la mía, en la que se declara que el anarquista, tras un primer momento de desconsuelo, se recuperaba...

LOCO.

¿Eso consta en el expediente?

COMISARIO.

Eso creo...

LOCO.

Sí, sí que está, en la segunda versión de los hechos... aquí está (*Lee*): «el ferroviario se calma y dice que entre él y el ex-bailarín no había buenas relaciones». ¡Perfecto!

COM. JEFE.

Como diciendo que no le importaba demasiado enterarse de que era él el dinamitero asesino.

LOCO.

¡Claro, no le apreciaba mucho, ni como anarquista ni como bailarín!

COMISARIO.

A lo mejor ni siquiera le consideraba anarquista.

LOCO.

Yo creo que le despreciaba.

COMISARIO.

Durante una discusión, hasta se echaron encima un salero...

COM. JEFE.

¡Con la mala suerte que trae!

LOCO.

Y no olvidemos que nuestro ferroviario estaba enterado de que en el grupo anarquista romano pululaban un montón de espías y confidentes de la policía. El había llegado a decírselo al bailarín: «la policía y los fascistas os utilizan para crear desórdenes... estáis llenos de provocadores pagados... que os llevan donde quieren... y luego quien se verá metida en el lío será toda la izquierda.»

COMISARIO.

Puede que hayan discutido precisamente por eso.

OMISARIO.

No, el vuelo no... ése sigue siendo a medianoche... sin variación. Había testigos.

OM. JEFE.

Entre ellos ese periodista que estaba en el patio, ¿recuerda? (*El JUEZ hace una seña negativa.*) El que oyó los golpes en la cornisa y en el suelo, y llegó el primero... ése se apuntó en seguida la hora.

OCO.

Está bien... el suicidio ocurrió a medianoche y el engaño a las veinte... ¿Entonces qué hacemos con el «raptus»? Porque, digo yo, toda su versión del suicidio, mientras no se demuestre lo contrario, se basa en el «raptus»... Todos ustedes, empezando por el juez de instrucción hasta terminar con el fiscal, han insistido siempre en que ese pobre diablo se arrojó «por causa de un «raptus» imprevisto»... y ahora, en lo mejor, me eliminan el «raptus».

OM. JEFE.

No, qué va... nosotros no eliminamos el «raptus»...

OCO.

¡Claro que lo hacen! Me distancian el suicidio nada menos que cuatro horas a partir del momento en que usted o ese colaborador suyo entra y le gasta la bromita del: ¡Tenemos pruebas! ¿Y a dónde va a parar ahora el «raptus» repentino? A las cuatro horas... total nada... al anarquista le dio tiempo de que se le pasara la broma y muchas cosas más. ¡Podían haberle contado que Bakunin era confidente de la policía y del Vaticano, que para el caso daba igual!

OM. JEFE.

Pero si era precisamente lo que queríamos, señor juez.

LOCO.

¿Contarle que Bakunin era confidente?

COM. JEFE.

No, queríamos demostrar que el «raptus» no pudo ser provocado por nuestros engaños, por nuestras afirmaciones falsas... ¡precisamente porque desde ese momento hasta el del suicidio pasaron cuatro horas!

LOCO.

¡Claro, claro, tiene razón! ¡Qué buena idea... bravo!

COM. JEFE.

Gracias, señor juez.

LOCO.

Claro, así nadie puede inculparles: ¡la mentira malintencionada ha existido, pero no puede considerarse como determinante!

COMISARIO.

Exacto. Por lo tanto, somos inocentes.

LOCO.

Enhorabuena. No se comprende por qué ese pobre desgraciado se arrojó por la ventana, pero no tiene importancia, por ahora, lo importante es que ustedes dos resulten inocentes.

COM. JEFE.

Gracias de nuevo. Le diré con sinceridad que temía que estuviese usted prevenido en nuestra contra.

LOCO.

¿Prevenido?

COMISARIO.

Sí, que quisiese encontrarnos culpables a toda costa.

LOCO.

Por Dios... todo lo contrario, si acaso: les diré que si me he comportado de un modo algo duro y pro-

OCO.
Si yo también me lo creo... pero ¿en qué sentido «en broma»?

COMISARIO.
En el sentido de que estábamos bromeando... le interrogábamos tratando de reírnos.

OCO.
No comprendo: ¿acaso jugaban a esquivar cachetes? ¿O se ponían caretas, y tocaban el pito?

COMISARIO.
Tanto no... pero el caso es que nos lo tomábamos a broma, imitábamos a los sospechosos... algún chiste... alguna burla...

GENTE.
Ay, sí, nos reíamos muchísimo. Sabe usted, el comisario, no lo parece, pero es un bromista... si viera cuando está en vena qué interrogatorios tan graciosos hace... ¡ja, ja, qué risa!

OCO.
Ahora comprendo por qué en Roma han decidido cambiaros el lema.

OM. JEFE.
¿El lema de la policía?

OCO.
Sí. Lo han decidido en el Ministerio.

OM. JEFE.
¿Y nos lo cambian?

OCO.
Yo más bien diría que lo completan. ¿Cómo es ahora?

COMISARIO.
La policía está al servicio del ciudadano.

LOCO.
Pues a partir de ahora será: «La policía está al servicio del ciudadano para divertirlo.»

COM. JEFE.
Je, je... nos está tomando el pelo, señor juez.

LOCO.
En absoluto. Estoy más que convencido de que tratan ustedes a los sospechosos en broma, tal y como afirman... recuerdo cuando estaba en Bergamo, debería decir San Francisco pero la historia está trasladada, estaba en Bergamo durante los interrogatorios de la llamada «Banda de los lunes»... —¿recuerdan?— estaban implicados un cura, un médico, un farmacéutico... casi un pueblo entero estaba bajo acusación, y luego resultó inocente. Pues bien, yo vivía en un pequeño hotel situado precisamente junto a la comisaría donde se hacían los interrogatorios, y casi todas las noches me despertaban gritos y lamentos, que al principio atribuí a gente golpeada, apaleada... pero luego comprendí que eran risas. Sí, risas un poco groseras de los interrogados: «¡Ja, ja, ay mamá, basta, ja, ja! ¡Socorro, que no puedo más! ¡Comisario, basta que me muero de la risa!»

COM. JEFE.
Haciendo caso omiso de la ironía, ¿sabe usted que, después, desde el comandante hasta el último agente, les condenaron a todos?

LOCO.
¡Claro, por exceso de gracia! (Los POLICIAS hacen muecas de fastidio.) No, no, si no estoy bromeando: ¡ustedes aún no se han dado cuenta de cuántos, no culpables, se inventan trucos, con tal de ir a parar a la comisaría! Ustedes los creen anarquistas, comu-

bre de arrancar mechones de barba y pellizcar el
vientre de todos los jueces que vienen para una en-
cuesta?

COMISARIO.

¿Juez para una encuesta?

COM. JEFE.

¿Es usted juez?

SEÑOR CON BARBA.

Sí, ¿qué tiene de tan terrible? Juez del Consejo Supe-
rior, me llamo Antonio Garassini, y he venido para
volver a abrir la investigación sobre la muerte del
anarquista... ¿Les importa que empecemos en se-
guida?

*(Se sienta y saca de la cartera un montón de expedientes.
Los cuatro policías se dejan caer sentados en el suelo,
arrastrando el perchero al que siguen colgados.)*

CORO.

Sí, sí... ¡empecemos en seguida!

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

COLECCIÓN LA VELA LATINA
(Teatro)

Tennessee Williams
El país del dragón

*

Miguel Romeo Esteo
Fiestas gordas del vino y el tocino

*

Bertolt Brech
La resistible ascensión de Arturo Ui
(versión castellana de Camilo José Cela)

*

León Felipe
El asesino del sueño
(paráfrasis de Macbeth de Shakespeare)

*

COLECCIÓN BIBLIOTECA JUCAR

Georg Büchner
Woyzeck y Leoncio y Lena
(prólogo y traducción de Julio Diamante)

*

Antonio Gala
Anillos para una dama
(prólogo de Ángel Fernández Santos)

*

Camilo José Cela
María Sabina y El carro de beno

*

Alfred Jarry
Ubu rey

LOCO.

¿Para siempre? (*Mima besitos de despedida.*) ¡Mua, mua! (*Gesto de rabia de BERTOZZO.*) Está bien, de acuerdo, me voy. De todos modos, si quiere un consejo... porque me cae usted bien... cuando se encuentre con el del jersey del cuello alto del cuarto, ¡agáchese, hágame caso! (*Sale.*)

(*El COMISARIO suspira y se dirige al perchero, que está vacío.*)

BERTOZZO.

(*Corriendo tras el LOCO.*) ¡Pero... valiente sinvergüenza! Con el cuento de que está loco nos ha mangado los abrigos... Oye, tú. (*Al AGENTE que entra en ese momento.*) Alcanza a ese loco... el que estuvo aquí antes... Se ha ido con mi abrigo y mi sombrero... y puede que con el maletín... ¡claro, ése también es mío! ¡Rápido, antes de que se te escape!

AGENTE.

En seguida comisario... (*Se queda parado en la puerta, habla hacia el exterior.*) Sí señor... el comisario está aquí... pase. (*Al COMISARIO que está buscando los documentos rotos por el LOCO.*)

COMISARIO.

Pero ¿dónde han ido a parar las denuncias?

AGENTE.

Comisario, está aquí el comisario de la Política que desea verle. (*BERTOZZO levanta la cabeza de la mesa y se dirige a la puerta de la derecha.*)

BERTOZZO.

Querido amigo... precisamente hace un momento estaba hablando de ti con un loco que me decía... ja,

ja... figúrate, que en cuanto me encontrases, me pegarías un... (*Sale un brazo de entre cajas: el COMISARIO cae al suelo, pero aún tiene fuerzas para terminar la frase.*) ... ¡puñetazo! (*Se desploma. Por la puerta asoma el LOCO, que grita.*)

LOCO.

¡Ya le advertí que se agachase!

(*Oscuro: música, probablemente una marcha grotesca, tipo entrada de los «cómicos». El tiempo necesario para el cambio de escena.*)

ESCENA SEGUNDA

(*Un despacho muy parecido al anterior: los muebles son más o menos iguales, pero con otra colocación. En la pared del fondo está colgado un gran retrato del Presidente. Muy evidente el recuadro de la ventana, abierta de par en par. En escena está ya el LOCO, de pie, muy tieso, de cara a la ventana, y de espaldas a la entrada, por donde al poco rato entra un COMISARIO con chaqueta de sport y suéter de cuello alto.*)

COMISARIO.

(*En voz baja al AGENTE que está inmóvil junto a la puerta.*) ¿Quién es? ¿Qué quiere?

AGENTE.

No sé, jefe. Ha entrado con una importancia... ni que fuera Dios en persona. Dice que quiere hablar con usted y con el comisario jefe.

COMISARIO.

(*Que no deja de frotarse la mano derecha.*) Ah, ¿conque quiere hablar? (*Se acerca al LOCO; amable.*)

LOCO.

(*Sin alzar la vista de los papeles.*) No, señor comisario jefe, no se preocupe, no soy periodista, y no habrá chismes de ningún tipo, se lo aseguro.

COM. JEFE.

Gracias.

LOCO.

Comprendo y comparto su preocupación. Por otra parte, yo mismo, antes que usted, he llamado la atención a este su joven colaborador.

COM. JEFE.

(*Mirando al COMISARIO.*) ¿De veras?

LOCO.

Este joven, que me parece poseer un talante algo irascible e impaciente y que ahora, por lo que he oído, deduzco asimismo ser alérgico a los semisótanos y a las pedorretas... entre nosotros, hágame caso, le estoy hablando como un padre, creo que necesita un buen psiquiatra... Tenga, llévelo a que le vea este amigo mío... es un genio. (*Le pone en las manos una tarjeta de visita.*) Profesor Antonio Rabbi... ex catedrático... pero no olvide la coma.

COM. JEFE.

(*Que no sabe cómo soltarse.*) Gracias, pero si me lo permite, yo...

LOCO.

(*Cambia de pronto de tono.*) Pues claro que le permito, faltaría más... Siéntese, y empecemos. A propósito, ¿su colaborador le ha informado de que yo...?

COMISARIO.

No, perdone, pero no me ha dado tiempo... (*Al COMISARIO JEFE.*) El profesor Marcos María Malipiero es el primer consejero del Tribunal Supremo...

LOCO.

Por favor, olvide lo de «primer consejero»... conque diga «uno de los primeros» me basta.

COMISARIO.

Como prefiera.

COM. JEFE.

(*Que no consigue recuperarse del golpe.*) Excelencia... no sé cómo...

COMISARIO.

(*Para ayudarlo.*) El señor juez está aquí para llevar a cabo una revisión de encuesta sobre el caso...

COM. JEFE.

(*Pega un bote inesperado.*) ¡Ah, claro, si le estábamos esperando!

LOCO.

¿Ve cómo su superior es más sincero? ¡El juega con cartas descubiertas! ¡Aprenda! Claro que se trata de otra generación, otra escuela...

COM. JEFE.

Eso sí, otra escuela...

LOCO.

Mire, permítame que se lo diga cuanto antes: usted me es... cómo diría... familiar, como si ya le hubiese conocido... hace muchos años. ¿Por casualidad no habrá estado usted en la frontera?

COM. JEFE.

(*Balbuzeando.*) ¿En la frontera... yo?

LOCO.

¡Qué estaré yo diciendo! Un comisario jefe en la frontera... ¿cuándo se ha visto? Volvamos a lo nuestro.

COM. JEFE.

¡Eso, a lo nuestro!

COMISARIO.

No recuerdo.

LOCO.

Yo se lo recordaré. Le dijo: «vamos, no te deprimas (*aquí le llamó por su nombre*), ya verás, la anarquía nunca morirá».

COMISARIO.

Pues, la verdad, no creo...

LOCO.

Sí lo dijo... o me enfado. Observe mi cuello. ¿Admite haberlo dicho?

COMISARIO.

Está bien, si es por darle gusto...

LOCO.

Entonces dígalo. Tengo que incluirlo en el expediente. (*Empieza a escribir.*)

COMISARIO.

Bueno, pues... le dije... vamos, vamos... muchacho, no te pongas así, ya verás... ¡la anarquía nunca morirá!

LOCO.

Bien. Y luego cantaron.

COM. JEFE.

¿Cantamos?

LOCO.

Es natural. Por entonces se había creado tal clima de amistad, de camaradería, que no pudieron evitarlo. ¡Todos a coro! ¿Y qué cantaron? Me figuro que «A las barricadas...».

COM. JEFE.

Perdone, señor juez, pero en lo del canto todos a coro ya no podemos seguirle.

Loco.

¿Ah, no? Pues entonces, ¿saben lo que les digo?

Que yo les dejo, que ahí se quedan, y apañenselas como puedan... es asunto suyo... Yo ordenaré los hechos tal y como me los han expuesto. ¿Saben lo que resultará?, y perdonen la expresión algo frívola, ¡un auténtico burdel! Primero dicen una cosa, luego se retractan... dan una versión, y a la media hora dan otra completamente distinta. Ni siquiera se ponen de acuerdo entre ustedes. Y aquí hay un agente que hasta cuenta que el anarquista ya intentó arrojar por la ventana una primera vez, ese mismo día, a última hora de la tarde, en presencia de ustedes dos... que ni siquiera han mencionado ese pequeño detalle. Hacen declaraciones a toda la prensa y, si no me equivoco, incluso al telediario, de este calibre: «'Naturalmente' no existe ningún expediente de los interrogatorios del anarquista, no nos dio tiempo.» Y poco después, ¡oh, milagro!, salen a relucir nada menos que dos o tres expedientes... y firmados por él, de su puño y letra, cuando estaba vivo. Si un sospechoso se contradijera tan sólo la mitad que ustedes, como mínimo ya le habrían eliminado. ¿Saben lo que piensa ahora de ustedes la gente? Que son unos tremendos mentirosos, además de unos sinvergüenzas. Pero quién quiere que les crea a estas alturas, exceptuando al juez archivador, claro. ¿Y saben cuál es la razón principal de que la gente no les crea? Pues que su versión de los hechos, además de absurda y no tener ni pies ni cabeza, carece de calor humano. Nadie olvida la respuesta grosera e insolente que

COM. y COM. JEFE.

No se preocupe... ¡todos podemos equivocarnos! Creo que en este caso el gesto insensato debe atribuirse a «raptus por oscuridad», es decir, que la inesperada oscuridad asustó al loco, la única fuente de luz, aunque muy tenue, era la ventana, y se lanzó hacia ella como una mariposa enloquecida, cayendo al vacío.

PERIODISTA.

Tiene que haber sido así. Me voy corriendo al periódico a dar la noticia.

COM. JEFE.

Como usted vea... ya sabe donde nos tiene... *(Todos le dan la mano izquierda a la PERIODISTA)*... Hasta la vista...

COMISARIO.

Tanto gusto... y si vuelve a necesitarnos... siempre a su disposición, señorita.

BERTOZZO.

Adiós, señorita. *(Así diciendo, sin darse cuenta, saca la mano de la esposa y con ella coge la de la PERIODISTA, se la besa, y vuelve a meter su mano en la esposa. La PERIODISTA se da cuenta y se queda un instante perpleja. El COMISARIO le da un capón; la PERIODISTA se sacude.)*

PERIODISTA.

Gracias de nuevo, y hasta pronto. *(Sale girando la llave que está en la cerradura.)*

BERTOZZO.

¿Por qué me has dado un capón? ¿Es que piensas que no hubiera debido besarle la mano porque no está casada? ¡Mira que eres sofisticado!

(Se abre la puerta y vuelve a aparecer el actor que interpretaba el papel del LOCO: lleva una barba muy negra y tiesa, un gran tripón, aspecto austero, lleva una cartera.)

SEÑOR CON BARBA.

¿Molesto? ¿Es éste el despacho del comisario... de la primera sección política?

CORO.

¡Otra vez tú!

COM. JEFE.

¿Pero no se había estrellado?

AGENTE.

¡Ni que fuera un gato!

BERTOZZO.

Se ha puesto barba postiza y también una tripa falsa...

COMISARIO.

Esta vez te la arranco de un tirón y te la hago comer entera. *(Lo agreden arrastrando tras de sí todo el perchero.)*

SEÑOR CON BARBA.

(Gritando.) ¡Pero oigan ustedes! ¡Qué modales son éstos! *(Y los arroja literalmente contra la pared de la derecha.)*

COMISARIO.

¡Pero si no es postiza! A menos que se haya trasplantado todos los pelos uno a uno...

BERTOZZO.

También la tripa es auténtica...

COM. JEFE.

Usted perdone, es que le habíamos confundido con otro... ¡se parece muchísimo!

SEÑOR CON BARBA.

¡Pero esto qué es! ¿Acaso tienen ustedes la costum-

COMISARIO.

Sí, perdone. (Al AGENTE.) Dile al comisario jefe que haga el favor de venir cuanto antes, si puede...

LOCO.

Y si no puede, también. (El COMISARIO, superado, corrige.)

COMISARIO.

¡Aunque no pueda!

AGENTE.

(Saliendo.) Sí, señor.

COMISARIO.

(Observa un instante al juez que está ordenando los documentos. Con unas chinchetas ha clavado varios papeles en la pared, en el armario, en las contraventanas. De pronto recuerda algo.) Ah, claro... los expedientes! (Coge el teléfono y marca.) Oiga, páseme al comisario Bertozzo. ¿Dónde está? ¿Con el comisario jefe? (Cuelga y se dispone a marcar otro número. El LOCO le interrumpe.)

LOCO.

Perdome que me meta, comisario...

COMISARIO.

Diga, señor juez.

LOCO.

El comisario Bertozzo, al que está buscando, ¿tiene algo que ver con la revisión de la encuesta?

COMISARIO.

Sí, es que... como él tiene el archivo con toda la documentación...

LOCO.

Pero si no hace falta... ya lo traigo yo todo... ¿para qué queremos otra copia?

COMISARIO.

Tiene razón, para qué la queremos... (Se oye llegar desde fuera la voz indignada del COMISARIO JEFE que entra como un ciclón. Le sigue el AGENTE aterrado.)

COM. JEFE.

Vamos a ver, comisario, ¿qué significa eso de que venga aunque no pueda?

COMISARIO.

No, tiene razón, jefe, pero es que como...

COM. JEFE.

¡Ni como ni leches! ¿Es que de pronto se ha convertido usted en mi superior? Quiero advertirle en seguida que este comportamiento insolente no me gusta lo más mínimo... en especial, con sus colegas... ¡vamos, que hasta ha llegado usted a darles puñetazos en los ojos!

COMISARIO.

Es que veré, jefe, Bertozzo no le habrá contado ni lo de la pedorreta, ni lo del semisótano... (El LOCO fingiendo colocar sus legajos se ha ocultado tras el escritorio.)

COM. JEFE.

¡Pero qué dice de pedorretas ni de semisótanos! Vamos, no seamos niños... en lugar de quedarse tranquilo... que ya tenemos los ojos de todos clavados en nosotros... con esos desgraciados de periodistas haciendo alusiones, y divulgando noticias cabronas por ahí... y no me haga señas para que me calle, que yo hablo como me... (El COMISARIO le indica al falso juez, que está disimulando.) ¿Ah, ése? ¿Y quién es? ¿Un periodista? ¿Y por qué no me lo ha dicho en seguida?

usted, comisario, dio a la pobre viuda del anarquista, cuando le preguntó por qué no la habían avisado de la muerte de su marido. Nunca hay un solo momento de emoción... ninguno de ustedes se ha dejado llevar, qué sé yo... es incapaz de reír, de llorar, ¡de cantar! Si lo hicieran, la gente les sabría perdonar todas las contradicciones en que han caído, una tras otra... si en cambio, detrás de tantas torpezas, pudiese vislumbrarse un corazón... dos «hombres humanos» que se dejan llevar por la emoción, y, a pesar de ser policías, cantan con el anarquista su canción... para complacerle... «A las barricadas»... quién no se echaría a llorar... quién no gritaría sus nombres al escuchar una historia semejante... ¡Se lo ruego! Por su propio bien... para que la investigación se vuelva a su favor, ¡canten!

(Empieza a cantar en voz baja mirando a los POLICÍAS, que, muy violentos, uno tras otro, empiezan a cantar con él.)

«¡En pie pueblo obrero, a la batalla!
¡Hay que derrocar a la reacción!»
¡Vamos! ¡Más voz!

(Los coge por los hombros para exaltarles.)

«¡A las barricadas! ¡A las barricadas!... ¡Voz, hostias!
¡Por el triunfo de la Confederación!»

(Lentamente, sobre el CORO a plena voz, oscuro.)

SEGUNDO ACTO

(En oscuro, los cuatro cantan como al final del primer acto, terminando en un agudo final, a plena luz.)

LOCO.

(Aplaude, abraza y estrecha manos.) ¡Bravo, bravo! Ahora sí que queda claro. Nadie podrá poner ya en duda que el anarquista estaba completamente sereno.

COMISARIO.

Yo me atrevería a decir que estaba contento.

LOCO.

Claro, se sentía como en su propia casa. Entre los componentes de uno de esos círculos romanos, donde precisamente hay más policías disfrazados que auténticos anarquistas.

COMISARIO.

El fuego constante de nuestras falsas notificaciones no había hecho mella en su psiquis.

LOCO.

Es decir, nada de «raptus»: «el «raptus» viene después. *(Al COMISARIO.)* ¿Cuándo?

COMISARIO.

Hacia medianoche.

LOCO.

¿Qué lo provocó?

COM. JEFE.

Bueno, yo creo que la razón...

LOCO.

¡No, no, maldita sea! Usted no cree nada... ¡usted no debe saber nada de esto, señor comisario jefe!

Loco.

(*Le mira fijamente.*) ¡Ya está! (*Le señala con el dedo.*) Pero no, no, ¡imposible! ¡Basta de alucinaciones! (*Se frota los ojos mientras el COMISARIO rápidamente cuchichea al oído del COMISARIO JEFE que se derrumba literalmente en la silla; se enciende un cigarrillo, muy nervioso.*) Bien, vayamos a los hechos. Aquí tenemos, según los expedientes... (*Hojea unos papeles.*) Números 25, 26, 27 y 28... (*Al COMISARIO se le atraganta el humo y tose.*) La noche del... la fecha no nos interesa... un anarquista, de profesión maquinista de tren, se encontraba en este despacho, para ser interrogado sobre su participación en la operación dinamitera de los bancos, que había causado la muerte de hasta 16 ciudadanos inocentes. Y éstas son palabras textuales suyas, señor comisario jefe: «Pesaban sobre su persona indicios muy graves». ¿Lo dijo usted?

COM. JEFE.

Sí, pero en un primer momento, señor juez, luego...

Loco.

Precisamente estamos en el primer momento. Procedamos con orden: hacia medianoche el anarquista, presa de un «raptus» —sigue siendo usted quien habla—, presa de «raptus», decía, se arroja por la ventana y se estrella en el suelo. Ahora bien, ¿qué es el «raptus»? Según el diccionario Bandieu, el «raptus» es una forma exagerada de angustia suicida, que afecta a individuos incluso psíquicamente sanos, si se provoca en ellos una violenta ansiedad, una angustia desesperada. ¿Correcto?

AMBOS.

Correcto.

Loco.

Veamos entonces quién, o qué, ha provocado esa ansiedad, esa angustia: no tenemos más que reconstruir la acción. Le toca a usted entrar en escena, señor comisario jefe.

COM. JEFE.

¿A mí?

Loco.

Sí, adelante, ¿le importaría interpretar para mí su famosa entrada?

COM. JEFE.

Perdone, pero... ¿qué famosa entrada?

Loco.

La que provocó el «raptus».

COM. JEFE.

Señor juez... debe haber un malentendido, esa entrada no la hice yo, sino mi vice, un colaborador...

Loco.

Eh, no está bien echar responsabilidades sobre los subordinados. Yo diría que es muy feo. Vamos, rehabilítese e interprete su papel.

COMISARIO.

Pero señor juez, no fue más que uno de esos trucos a los que solemos recurrir a menudo... todos los policías, para que confiese el sospechoso.

Loco.

¿A usted quién le ha dado vela en este entierro? Deje hablar a su superior, ¡por favor! ¿Sabe que es usted un maleducado? A partir de ahora conteste sólo cuando se le pregunte... ¿entendido? Y usted, haga el favor de representar su entrada, en primera persona.

COM. JEFE.

De todos modos, ese anarquista era muy susceptible.
¡Mira que tirarse por la ventana sólo porque se reían de su amigo!

LOCO.

Es porque le tocaron un punto delicado: ¡Los anarquistas son terribles con el tema de la virilidad! ¿No ha leído «Sexo y anarquía», de Otto Weininger? ¿No? Es un clásico.

COM. JEFE.

Pero es que ofenderse por un amigo con el que, además, ni siquiera tenía ya buenas relaciones... son declaraciones textuales, no lo olvide: ¡si hasta le tiró un salero a la cabeza!

LOCO.

¡Claro, claro, menos mal que me lo ha recordado!
Por tanto no podía estar irritado, molesto...

COM. JEFE.

¡Pues no!

LOCO.

Qué maquiavélico... ¡entonces fingió!

COMISARIO.

¿Fingió?

LOCO.

Pues claro: el muy zorro representó toda la comedia del que está mortalmente ofendido, para tener un pretexto lógico para el suicidio... ¡lógico para ustedes, pero absurdo para los demás!

COM. JEFE.

¿En qué sentido: para los demás?

LOCO.

¿Es que no lo entiende? ¡Se hizo el kamikaze para destruirles! ¡El se tira! Y ustedes, tan ingenuos,

relatan los hechos tal y como ocurrieron a la prensa y a la televisión... y nadie les cree, menos el amado consejero archivador, por supuesto... que además escuchan lo que escribe en su decreto: «el 'raptus' se debió al 'orgullo herido'». ¿Y quién puede creerse eso? ¡Suena demasiado a cuento!

COM. JEFE.

Es cierto, casi parece una broma.

LOCO.

¡Y así ustedes se encuentran perdidos gracias a su sinceridad y el anarquista perverso se está riendo en su tumba!

AGENTE.

¡Vaya desgraciado! Y parecía buena persona...

COM. JEFE.

¡Calla! (*El AGENTE se calla encogiéndose como un caracol en su concha.*) No se ofenda, señor juez, si le digo que esa versión suya del ferroviario kamikaze... no me convence demasiado.

COMISARIO.

Yo también tengo alguna objeción...

LOCO.

¡Pues a mí no me convence en absoluto! ¡No la aceptarían ni para un telefilm! Es que trataba de salvar la versión que ustedes han dado, que es aún peor...

COM. JEFE.

(*Frotándose los hombros.*) Por favor, ¿le importa que mande cerrar la ventana? Es que hace un frío, de pronto...

LOCO.

Adelante, adelante... la verdad es que hace realmente frío.

Aquí dice: «El anarquista no parecía afectado por la acusación, y sonreía incrédulo.» ¿Quién redactó esta declaración?

COMISARIO.

Yo, señor juez.

LOCO.

Muy bien, conque sonreía... Pero aquí también se comenta —son palabras tuyas, textuales, retomadas a su vez por el juez que archivó la encuesta—: «Es indudable que contribuyó a la crisis suicida, el miedo a perder el puesto, a que le despidieran.» Pero, ¿cómo es posible, primero sonreía incrédulo, y luego, de pronto, tuvo miedo? ¿Quién le metió ese miedo en el cuerpo? ¿Quién le habló de despidos masivos?

COMISARIO.

No, le juro que en lo que a mí se refiere, yo...

LOCO.

Por favor, no perdamos el tiempo en minucias. No querrán hacerme creer que son violinistas, ustedes dos... vamos, todos los policías del mundo pegan duro, ¿y van a ser ustedes los únicos que emplean vaselina? ¡Pero si tienen todo el derecho de comportarse de esa manera! Faltaría más.

AMBOS.

Gracias, señor juez.

LOCO.

De nada. Además, ya se sabe que a veces puede ser hasta peligroso. Uno va y le dice a un anarquista: «se te han puesto feas las cosas, a saber lo que harán los dirigentes de los ferrocarriles cuando les contemos que eres anarquista... te echarán a la calle... ¡despedido!» Y él se derrumba... un anar-

quista, hablemos claro, está más apegado que nadie a su puesto de trabajo... en el fondo no son más que pequeño-burgueses... aferrados a sus comodidades: sueldo fijo todos los meses, paga extraordinaria, seguro, pensión, jubilación, una vejez asegurada... no hay como un anarquista para pensar en la vejez... estoy hablando de nuestros anarquistas de ahora, claro, que son todos unos comodones... nada que ver con los de antes, que iban rebotados de un lado a otro... ¿entiende usted de exiliados, señor comisario jefe? Oh, pero qué estaré yo diciendo... Bueno, recapitulando, usted hunde moralmente al anarquista, le deprime, y él se arroja...

COMISARIO.

Si usted me permite, señor juez, por amor a la verdad, no ocurrió en seguida... aún falta mi intervención.

LOCO.

Claro, claro, tiene razón. Antes ocurrió que usted, comisario, salió, luego volvió a entrar, y tras una pausa artística, dijo... ánimo comisario, interprete su frase, y siga imaginándose que yo soy el anarquista.

COMISARIO.

Sí, claro: «Me acaban de llamar de Roma. Hay una buena noticia para ti. Tu amigo, perdón, tu compañero bailarín ha confesado. Ha reconocido que fue él quien colocó la bomba en el Banco de Milán.»

LOCO.

¿Cómo lo tomó el ferroviario?

COMISARIO.

Pues regular, se puso pálido... pidió un pitillo, lo encendió...

LOCO.

Y se tiró.

COM. JEFE.

No, no fue en seguida.

LOCO.

En la primera versión usted dijo: «en seguida», ¿no es así?

COM. JEFE.

Sí, es cierto.

LOCO.

Además usted, siempre que ha hablado para la prensa o la televisión, ha dicho que el anarquista antes de su trágico gesto se sentía ya perdido. Que estaba «bien cogido», ¿dijo eso, verdad?

COM. JEFE.

Sí, dije eso exactamente: «bien cogido».

LOCO.

¿Y qué más declaró?

COM. JEFE.

Que su coartada, según la cual se pasó la famosa tarde del atentado jugando a las cartas en una taberna de las afueras, ya no se tenía en pie.

LOCO.

Por tanto, el anarquista debía ser considerado como fuertemente sospechoso también de los atentados a los bancos de Milán, además de los de los trenes. Y añadió, para finalizar, que el gesto suicida del anarquista era un «evidente acto de acusación».

COM. JEFE.

Sí, lo dije.

LOCO.

Y usted, comisario, gritó que ese hombre, cuando estaba vivo, había sido un delincuente, ¡un sinver-

güenza! Pero pocas semanas más tarde, usted, señor comisario jefe, declaró, he aquí el documento, que «naturalmente», repito, «naturalmente», sobre el pobre ferroviario no pesaban indicios concretos. ¿Correcto? Por lo tanto, era del todo inocente, e incluso usted, comisario, llegó a comentar: «ese anarquista era un buen chico».

COM. JEFE.

Sí, lo admito, nos equivocamos...

LOCO.

No se preocupe, todos podemos equivocarnos. Pero ustedes, y me perdonen, se han pasado bastante. Ante todo, detienen de modo arbitrario a un ciudadano libre, a continuación abusan de su autoridad para retenerle más del plazo legal, luego me traumatizan a ese pobre ferroviario asegurándole que tienen pruebas de que es él el dinamitero de los trenes, a continuación le crean, más o menos voluntariamente, la psicosis de que perderá su puesto de trabajo, después que su coartada de las cartas ha caído, y, para rematar la faena, el golpe final: que su amigo y compañero de Roma se ha confesado culpable de la masacre de Milán: ¿su amigo es un asesino repugnante? ¡Tanto que, hundido, comenta que es el fin de la anarquía, y se tira por la ventana! Pero ¿acaso nos hemos vuelto locos? Llegados a este punto, ¿cómo va a extrañarnos que a un pobre tan machacado le dé el «raptus»? No, no, lo siento muchísimo, pero para mí son ustedes los culpables. ¡Son totalmente responsables de la muerte del anarquista! ¡E imputables de inmediato por instigación al suicidio!

anarquista defenestrado... quiere dos cabezas... ¡y el Estado se las da!

COM. JEFE.

¿Precisamente las nuestras?

COMISARIO.

¡Eso digo yo!

LOCO.

Conozco un viejo dicho inglés, que dice: «El amo azuza a los mastines contra los villanos... si los villanos se quejan al rey, el amo, para hacerse perdonar, mata a los mastines.»

COM. JEFE.

¿Y usted piensa... realmente... está convencido?

LOCO.

¿Y quién soy yo, sino vuestro justiciero?

COMISARIO.

¡Maldita profesión ésta!

COM. JEFE.

Ya sé yo quién me ha hecho la cama... ah, pero me las va a pagar.

LOCO.

Claro que serán muchos los que disfrutarán con vuestra desgracias, y se reirán satisfechos.

COMISARIO.

Eso, empezando por nuestros colegas... ¡si es que me pone furioso!

COM. JEFE.

Por no mencionar a la prensa.

COMISARIO.

¿Cómo nos van a poner! ¿Se imaginan los titulares?

COM. JEFE.

A saber lo que sacarán, esos gusanos, que antes venían a lamernos las manos, y ahora... «¡A por el esbirro!»

COMISARIO.

«¡Era un sádico, un violento!»

LOCO.

Por no hablar de las humillaciones, las ironías...

COM. JEFE.

Y las chulerías. Todos nos darán la espalda... ¡ya no encontraremos ni un puesto de guardacoches!

COMISARIO.

¡Maldito mundo!

LOCO.

No, maldito gobierno.

COM. JEFE.

Puestos así, díganos lo que podemos hacer. ¡Aconsejenos!

LOCO.

¿Yo? ¿Y qué puedo decirles?

COMISARIO.

Eso, ¡aconséjenos!

LOCO.

Yo, en su lugar...

COM. JEFE.

¿En nuestro lugar?

LOCO.

¡Me tiraría por la ventana!

AMBOS.

¿Cómo?

LOCO.

Me han pedido un consejo. Llegados a este punto, con tal de no soportar semejante humillación... háganme caso, ¡tírense! ¡Valor!

COM. JEFE.

Sí, bueno, pero ¿qué tiene que ver?

O.

a, y como el bailarín no le había hecho caso, puede que nuestro ferroviario empezara a sospechar que él también era un provocador.

. JEFE.

, puede ser.

O.

sí que, como no le importaba nada, prueba irrefutable: el anarquista estaba tranquilo.

ISARIO.

ás aún, incluso sonreía... se acuerda, yo mismo lo declaré en la primera versión.

O.

, pero por desgracia nos encontramos con el problema de que en la primera versión ustedes declararon que el anarquista se encendió un pitillo «hundido», comentando «desconsolado»: «es el fin de la anarquía». ¡Ta tata chan! Pero cómo se les ha podido ocurrir contarle en plan melodrama, ¡vamos, hombre!

. JEFE.

ene razón, señor juez. Es que fue idea de aquí el joven; yo ya se lo dije: «las películas para los del cine, nosotros somos policías».

O.

áganme caso, llegados a este punto, la única solución para entender algo, si queremos encontrar una solución orgánica, es echarlo todo por los aires y volver a empezar.

ISARIO.

¿tenemos que dar una tercera versión?

O.

Dios nos libre! Basta con convertir en plausibles las dos que ya tenemos.

COM. JEFE.

Ahí, ahí.

LOCO.

Entonces, primer punto, regla primera: Lo que está dicho, dicho está y ya no se vuelve atrás. Por tanto, queda fijado que usted, comisario, y usted, o quien fuera por usted, señor comisario jefe, pusieron en marcha su truco... que el anarquista se fumó su último cigarro, que interpretó su frase melodramática... pero, y aquí tenemos la variación, no se arrojó por la ventana porque aún no era medianoche, eran sólo las ocho.

COM. JEFE.

Como en la segunda versión...

LOCO.

Y ya se sabe que un ferroviario respeta siempre el horario.

COM. JEFE.

El caso es que así nos sobra tiempo para hacerle cambiar de humor... hasta el punto de conseguir que aplice su intento de suicidio.

COMISARIO.

¡Impecable!

LOCO.

Sí, pero cómo ocurrió ese cambio de humor... el tiempo solo no basta para curar ciertas heridas... alguien le habrá ayudado... qué sé yo, con un gesto...

COMISARIO.

Yo le di un chicle.

LOCO.

Muy bien. ¿Y usted?

COM. JEFE.

Yo... yo no estaba.

COM. JEFE.

¿Cómo que no debo saber?

LOCO.

Por todos los demonios, estamos haciendo verdaderas piruetas para sacarle del lío, para demostrar que usted no tiene nada que ver con la muerte del ferroviario... porque ni siquiera estaba presente...

COM. JEFE.

Lleva razón, perdone... es que estaba algo distraído.

LOCO.

Se distrae demasiado, tenga más cuidado. Entonces, el que estaba era el comisario.

COMISARIO.

Sí, yo estaba, pero me fui en seguida...

LOCO.

Ah, otra vez escaqueándose. Sea buen chico y cuénteme qué ocurrió hacia medianoche.

COMISARIO.

Eramos seis en este despacho: cuatro agentes, yo... y un teniente de carabineros.

LOCO.

Ah, sí, ése que luego ascendieron a capitán.

COMISARIO.

Sí, ése.

LOCO.

¿Y qué hacían?

COMISARIO.

Le interrogábamos.

LOCO.

¿Más? ¿«Dónde estabas, qué hacías? ¡Habla! ¡No te pases de listo!»... Caramba, me imagino que después de tantas horas estarían todos trastornados... nerviosos... exasperados.

COMISARIO.

En absoluto, señor juez, estábamos tranquilísimos.

LOCO.

¿No le tocaron un poco? ¿Ni siquiera un bofetón bien dado?

COMISARIO.

No.

LOCO.

¿Con la mano plana?

COMISARIO.

Tampoco.

LOCO.

¿De canto?

COMISARIO.

¿De canto?

LOCO.

Sí, como cuando se da masaje a las gordas para la celulitis... ¡ta-ta-ta! (*Mima rapidísimo el masaje.*)
¡Es de bue-no! ¡ta!

COMISARIO.

Pues no, señor juez... ni siquiera el masaje. Le estábamos interrogando en broma...

LOCO.

¿Cómo que «en broma»?

COMISARIO.

Se lo aseguro... pregúntele al agente... (*Empuja al AGENTE hacia el JUEZ.*)

LOCO.

No es necesario; es increíble (*enseña un papel*), pero también consta en la declaración realizada ante el juez archivador.

COMISARIO.

Claro, y no se le ocurrió ponerlo en duda.